

bempré?—dijo la condesa, obligando al impertinente cazador á saludar á Luciano.

Condujo á Luciano al salón, y lo colocó entre ella y Cefrina, en el temible canapé del centro. Después, como una reina en su trono, trabó, en voz baja al principio, una conversación evidentemente epigramática, á la que se unieron algunos de sus amigos antiguos y varias mujeres que le hacían la corte. Bien pronto Luciano, convertido en el héroe de un círculo, fué instado por la condesa á hablar de la vida de París, cuya sátira fué improvisada con una verbosidad increíble y sembrada de anécdotas acerca de las personas célebres, verdaderos manjares de la conversación que gustan sobremanera á los provincianos. Admiraron su ingenio, como habían admirado al hombre. La señora condesa de Sixto triunfaba tan pacientemente de Luciano, jugaba tan bien con él como mujer encantada de su instrumento, le proporcionaba las respuestas tan á punto, excitaba para él aprobaciones con miradas tan comprometedoras, que varias mujeres comenzaron á ver en la coincidencia del regreso de Luisa y de Luciano, un profundo amor víctima de algún engaño. Tal vez el despecho había ocasionado el desgraciado matrimonio de Chatelet, contra el que se efectuaba entonces una reacción.

—Bien — dijo Luisa á la una de la madrugada y en voz baja á Luciano, antes de levantarse;—hágame el favor de ser exacto pasado mañana...

La prefecta dejó á Luciano, haciéndole una ligera inclinación de cabeza excesivamente amistosa, y fué á decirle unas palabras al conde Sixto, que buscaba el sombrero.

—Si lo que la señora del Chatelet acaba de decirme es verdad, mi querido Luciano, cuente usted conmigo—le dijo el prefecto, poniéndose en persecución de su mujer, que se marchaba sin él, como en París.—Desde esta noche su cuñado puede considerarse como libre de peligros.

—El señor conde me debe eso—respondió Luciano sonriendo.

—¿Qué le parece?... ¡Estamos fastidiados!... — dijo Cointet al oído de Petit Claud, testigos de aquella escena.

Anonadado por el éxito de Luciano, estupefacto por los destellos de su inteligencia y por el fuego de su gracia, Petit Claud miraba á Francisca de la Haya, cuya fisonomía,

llena de admiración por Luciano, parecía decir á su prometido: «¡Sea usted como su amigo!»

Un relámpago de alegría pasó por el rostro de Petit-Claud.

—La comida del prefecto es para pasado mañana, disponemos aún de un día—dijo—respondo de todo.

—¡Y bien, querido mío!—dijo Luciano á Petit-Claud á las dos de la madrugada, volviendo á pie;—¡he llegado, he visto, he vencido! Dentro de unas horas, Sechard será muy dichoso.

—Eso es todo lo que quería saber—pensó Petit-Claud.—No te creía más que poeta, y eres también Lauzún, que es ser dos veces poeta—le contestó dándole un apretón de manos, que debía ser el último.

—Eva querida—dijo Luciano despertando á su hermana, —¡buenas noticias! ¡Dentro de un mes, David ya no tendrá deudas!...

—¿Y cómo es eso?

—Pues que la señora del Chatelet ocultaba bajo sus vestidos á mi antigua Luisa, que me ama más que nunca, y va á obligar á su marido que informe al ministerio del Interior en favor de nuestro descubrimiento... Así, pues, sólo nos queda un mes que sufrir, el tiempo de vengarme del prefecto y de hacerle el más feliz de los maridos. (Eva creyó soñar escuchando á su hermano.) ¡Al ver el saloncito gris en el que temblaba como un niño hace dos años; al examinar aquellos muebles, las pinturas y las figuras, me caía una venda de los ojos! ¡Cómo cambia las ideas París!

—¿Es una dicha eso?... —dijo Eva, comprendiendo al fin á su hermano.

—Vaya, estás dormida, hasta mañana; hablaremos después de almorzar—dijo Luciano.

El plan de Cerizet era excesivamente sencillo. Aunque pertenezca á las astucias de que se sirven los alguaciles de provincias para detener á los deudores, y de éxito dudoso, debía salir bien, pues se apoyaba tanto en el conocimiento de los caracteres de Luciano y de David, como en sus esperanzas. Entre las jóvenes obreras que seducía y gobernaba, oponiendo unas á otras, el regente de los Cointet, de momento en servicio extraordinario, había distinguido á una de las costureras de Basina Clerget, una joven casi tan bella como la señora Sechard, llamada Enriqueta Signol, y cuyos

padres eran unos viñeros que vivían en su hacienda, á dos leguas de Angulema, en la carretera de Saintes. Como todos los aldeanos, los Signol no eran bastante ricos para tener consigo su única hija, y la habían destinado para entrar en una casa, es decir, para ser camarera. En provincias, una camarera debe saber planchar y repasar la ropa blanca. Era tal la reputación de la señora Prieur, á la que sucedió Basina, que los Signol pusieron allí de aprendiz á su hija, pagando una pensión por la comida y la estancia. La señora Prieur pertenecía á esa raza de antiguas dueñas que, en provincias, creen substituir á los padres. Vivía en familia con sus aprendizas, las llevaba á misa y las vigilaba concienzudamente. Enriqueta Signol, hermosa morena bien plantada, de mirada atrevida, cabello recio y largo, era blanca como son blancas las jóvenes del Mediodía, de la blancura de la flor de magnolia. Por eso, Enriqueta fué una de las primeras modistillas en que se fijó Cerizet; pero como pertenecía á honrados agricultores, no cedió más que por medio de los celos, por el mal ejemplo y por esta frase seductora: «¡Me casaré contigo!» que le dijo Cerizet, una vez se vió segundo regente en casa de los señores Cointet. Al saber que los Signol poseían unos diez ó doce mil francos en viñas y una casita bastante habitable, el parisiense se apresuró á poner á Enriqueta en la imposibilidad de ser mujer de otro. Así estaban los amores de la hermosa Enriqueta y el pequeño Cerizet, cuando Petit-Claud le habló de hacerle dueño de la imprenta Sechard, mostrándole una especie de comandita de veinte mil francos, que debía ser una atadura. Aquel porvenir deslumbró al regente, le volvió loco, le pareció un obstáculo para sus ambiciones la señorita Signol, y abandonó á la pobre joven. Desesperada Enriqueta, se aferró tanto más al pequeño regente de los Cointet, cuanto que parecía abandonarla. Al descubrir que David se ocultaba en casa de la señorita Clerget, el parisiense cambió de ideas respecto á la señorita Signol, pero sin cambiar de conducta; pues se proponía hacer servir para su fortuna, la especie de locura que se apodera de una joven cuando, para ocultar su deshonor, debe casarse con su seductor. Durante la madrugada del día en que Luciano debía reconquistar á Luisa, Cerizet le contó á Enriqueta el secreto de Basina, y le dijo que su fortuna y su casamiento dependían del descubrimiento del lugar donde se escondía David. Una vez ins-

truida, á Enriqueta no le costó trabajo suponer que el impresor no podía estar más que en el gabinete tocador de la señorita Clerget, y no creyó cometer el menor mal entregándose á aquel espionaje, pues Cerizet la había comprometido en su traición con aquel principio de participación.

Aun dormía Luciano, cuando Cerizet, que fué á saber el resultado de la velada, escuchaba, en el despacho de Petit-Claud, el relato de los grandes acontecimientos que debían conmover á Angulema.

—¿Le ha escrito á usted alguna vez Luciano, desde que está de regreso?—le preguntó el parisiense después de levantar la cabeza en señal de satisfacción cuando Petit-Claud hubo acabado.

—Esto es lo único que tengo de él—dijo el procurador, que le presentó una carta en la que Luciano había escrito algunas líneas en el papel que empleaba su hermana.

—Está bien — dijo Cerizet, — diez minutos antes de ponerse el sol, que se embarque Doublón en la Puerta Palet, que oculte á sus gendarmes y que disponga su gente, y cogera usted á nuestro hombre.

—¿Estás seguro de tu trama? — dijo Petit-Claud examinando á Cerizet.

—Confío en la casualidad—dijo el ex pillete de París, — que es muy granuja y no aprecia á las personas honradas.

—Es preciso que salga bien—dijo el procurador con tono seco.

—Saldrá bien—dijo Cerizet.—Usted me ha metido en este montón de barro, y bien puede darme unos cuantos billetes de banco para limpiarme... Pero, señor —añadió el parisiense, sorprendiendo en el rostro del procurador una expresión que le disgustó,—si me ha engañado usted, si no me compra la imprenta dentro de ocho días... Pues bien, dejará usted viuda á una joven — dijo en voz baja el ex pillete de París, lanzando la muerte en su mirada.

—Si cogemos á David á las seis, llégate á las nueve en casa del señor Gannerac, y arreglaremos tu asunto — respondió perentoriamente el procurador.

—Convenidos: ¡será usted servido, burgués! — dijo Cerizet.

Cerizet conocía ya la industria que consiste en lavar el papel y que pone hoy día en peligro los intereses del fisco.

Lavó las cuatro líneas escritas por Luciano, y las substituyó por éstas, imitando la escritura con una perfección desoladora para el porvenir social del regente.

«Mi querido David: Puedes ir sin temor á casa del prefecto; tu asunto está arreglado: además, á esa hora, puedes salir, iré á tu encuentro para explicarte cómo debes conducirte.

»Tu hermano

»LUCIANO.»

A las doce, Luciano escribió una carta á David en la que le hacía saber el éxito de la velada y le daba la seguridad de la protección del prefecto, el cual, decía, haría aquel mismo día un informe para el ministerio acerca del descubrimiento, del que estaba entusiasmado.

En el momento en que Marión entregó aquella carta á la señorita Basina, con el pretexto de llevarle unas camisas de Luciano para que las planchara, instruído Cerizet por Petit-Claud de la probabilidad de aquella carta, llevóse á la señorita Signol y fué á pasear con ella por las orillas del Charente. Hubo allí, sin duda, un gran combate en el que la honradez de Henriqueta se defendió durante largo tiempo, pues el paseo duró dos horas. No sólo estaba en juego el interés de su niño, sino todo un porvenir de felicidad y fortuna; y lo que pedía Cerizet era una bagatela, pues se guardó muy bien de decir las consecuencias. Lo que asustaba á Henriqueta era el precio de aquellas bagatelas. No obstante, Cerizet acabó por obtener de su amante que se prestaría á aquella estratagema. A las cinco, Henriqueta debía salir y volver á entrar para decir á la señorita Clerget que la señora Sechard la llamaba al instante, y un cuarto de hora después de la salida de Basina, subiría, empujaría la puerta del gabinete y entregaría á David la carta falsificada de Luciano. Después, Cerizet lo esperaba todo de la casualidad.

Por primera vez desde hacía un año, Eva sintió aflojarse el lazo de hierro con que la tenía sujeta la necesidad. Por fin, tuvo esperanzas. ¡También ella quiso gozar de su hermano, mostrarse del brazo del hombre festejado en su patria, adorado por las mujeres, amado por la altiva condesa

del Chatelet! Se hermoseó y se propuso pasearse por Beau-lieu, después de comer, del brazo de su hermano. A esta hora todo Angulema sale á tomar el fresco, en el mes de Septiembre.

—¡Oh! es la hermosa señora Sechard—dijeron algunas voces al ver á Eva.

—Nunca hubiera creído eso de ella—dijo una mujer.

—El marido se oculta y la mujer se muestra—dijo la señora Postel bastante alto para que lo oyera la pobre joven.

—¡Oh! entremos, he hecho mal—dijo Eva á su hermano.

Minutos antes de ponerse el sol, el rumor que causa una aglomeración de gente se elevó de la pendiente que baja del Houmeau. Intrigados, Luciano y su hermana se dirigieron hacia aquel lado, pues oyeron voces de personas que venían del Houmeau hablando entre ellas, como si acabara de cometerse algún crimen.

—Será probablemente un ladrón que han cogido... está pálido como un muerto—dijo un transeunte al hermano y á la hermana, al verles correr hacia el grupo cada vez mayor.

Ni Luciano ni su hermana sospecharon nada. Contemplaron los treinta y pico de muchachos ó viejos y los obreros que volvían de su trabajo precediendo á los gendarmes, cuyos sombreros bordados brillaban en el centro del grupo principal. Este grupo, seguido de una multitud de unas cien personas, caminaba como una nube tempestuosa.

—¡Ah!—dijo Eva,—¡es mi marido!

—¡David!—exclamó Luciano.

—¡Es su mujer!—dijo la multitud separándose.

—¿Quién te ha hecho salir?—preguntó Luciano.

—Tu carta—respondió David, lívido.

—Lo temía—dijo Eva, que se desmayó.

Luciano levantó á su hermana, y ayudado de dos personas, la llevaron á su casa, donde Marión la acostó. Kolb salió escapado en busca de un médico. Al llegar el doctor, Eva aun no había recobrado el conocimiento. Luciano vióse obligado entonces á confesar á su madre que él era el causante de la detención de David, pues no podía explicarse el *quid pro quo* producido por la carta falsificada. Anonadado por una mirada de su madre, que puso en ella su maldición, Luciano subió á su habitación y se encerró en ella.

Al leer la siguiente carta, escrita en medio de la noche é interrumpida de momento en momento, todos adivinaron

por las frases, lanzadas una tras otra, las agitaciones de Luciano.

«Hermana idolatrada: Hace poco nos hemos visto por última vez. Mi resolución es irrevocable. He aquí por qué: En muchas familias hay un ser fatal que es una especie de enfermedad para ellos. Yo soy ese ser para vosotros. Esta observación no es mía, sino de un hombre que ha visto mucho mundo. Una noche cenábamos entre *amigos*, en el Rocher de Cancale. Entre las mil bromas que se cambian en tales casos, ese diplomático nos dijo que todo joven que causaba asombro verlo soltero, *era enfermo de su padre*. Y entonces desarrolló sus teorías acerca de las enfermedades de familia. Nos explicó cómo sin tal madre, tal casa hubiera sido próspera; cómo tal hijo había arruinado á su padre, cómo tal padre había destruido el porvenir y la consideración de sus hijos. Aunque sostenida riendo, esta tesis social vióse en diez minutos apoyada con tantos ejemplos, que llamó mi atención. Esta verdad valía por todas las paradojas insensatas, pero ingeniosamente demostradas, con que se divierten los periodistas entre ellos, cuando no encuentran nadie con quien divertirse. Pues bien, yo soy el ser fatal de nuestra familia. Con el corazón lleno de ternura por ella, obro como un enemigo. A todas vuestras abnegaciones, he respondido con males. Aunque dado involuntariamente, el último golpe es el más cruel de todos. Mientras yo llevaba en París una vida sin dignidad, llena de placeres y miserias, confundiendo el compañerismo con la amistad, abandonando á verdaderos amigos por gentes que querían y debían explotarme, olvidándoos y no acordándome de vosotros más que para hacer os daño, vosotros seguíais el humilde camino del trabajo, yendo penosamente, pero con seguridad, hacia esa fortuna que yo intentaba tan locamente sorprender. Mientras vosotros os hacíais mejores, yo colocaba en mi vida un elemento funesto. Sí, tengo ambiciones desmesuradas que me impiden aceptar una vida humilde. Tengo gustos y placeres cuyo recuerdo envenena los goces que están á mi alcance y que me hubiesen satisfecho en otro tiempo. ¡Oh, mi querida Eval me juzgo más severamente que todos, pues me condeno sin piedad para mí mismo. La lucha en París exige una fuerza constante, y mi voluntad sólo funciona por excesos: mi cerebro es intermitente. El porvenir me asusta

tanto, que no lo quiero, y el presente me es insoportable. He querido volver á veros, y hubiera hecho mejor expatriándome para siempre. Pero, sin medios de existencia, la expatriación sería una locura, y no quiero añadirla á las otras. La muerte me parece preferible á una vida incompleta, y en cualquier provincia que me coloque, mi excesiva vanidad me haría cometer tonterías. Ciertos seres son como ceros, necesitan que les preceda una cifra: su insignificancia adquiere entonces un valor cien veces mayor. Yo no puedo adquirir valor más que por medio de un matrimonio con una voluntad fuerte, inflexible. La señora de Bargetón era la mujer que me convenía, y he truncado mi vida no abandonando á Coralía por ella. David y tú podíais ser excelentes pilotos para mí; pero no sois bastante fuertes para domar mi debilidad, que se sustrae, en cierto modo, á la dominación. Amo la vida fácil, sin molestias, y para desembarazarme de una contrariedad soy tan cobarde, que mi cobardía puede llevarme muy lejos. He nacido príncipe. Tengo más destreza de la que se necesita para subir; pero la tengo sólo un momento, y en una carrera en la que toman parte tantos ambiciosos, el premio es del que sólo despliega lo necesario y se encuentra aún con bastante fuerza al final de la jornada. Yo haría daño, como acabo de hacerlo aquí, con las mejores intenciones del mundo. Hay hombres robles, yo no soy tal vez más que un arbusto elegante, y tengo la pretensión de ser un cedro. He aquí mi balance escrito. Este desacuerdo entre mis medios y mis deseos, esta falta de equilibrio anulará siempre mis esfuerzos. Hay muchos caracteres como ese en la clase letrada, á causa de las desproporciones continuas entre la inteligencia y el carácter, entre el deseo y la voluntad. ¿Cuál sería mi destino? puedo verlo por adelantado acordándome de algunas antiguas glorias parisienses que he visto olvidadas. En el umbral de la vejez, estaría más viejo que mi edad, sin fortuna y sin consideración. Todo mi ser actual rechaza una vejez semejante: no quiero ser un pingajo social. Hermana querida y adorada, tanto por tus últimos rigores que por tus primeras ternuras: si hemos pagado caro el placer que he tenido en volver á veros á ti y á David, más tarde tal vez pensaréis que ningún precio era demasiado subido para las postreras dichas de un pobre ser que amaba... No hagáis ninguna investigación de mí ni de mi destino: al menos me habrá servido mi talento para la ejecución de mis

voluntades. Angel mío, la resignación es un suicidio diario; yo no tengo resignación más que para un día, y voy á aprovecharme de ella.»

«Dos de la madrugada.

»Si, estoy resuelto. Adiós, pues, para siempre, mi querida Eva. Experimento alguna dulzura al pensar que no viviré más que en vuestros corazones. Ahí será mi tumba... no quiero otra... ¡Otra vez adiós!... Es el último de tu hermano

»LUCIANO.»

Después de haber escrito esta carta, Luciano bajó sin hacer ningún ruido, la colocó en la cama de su sobrino, depositó en la frente de su hermana dormida un último beso empañado en lágrimas, y salió. Apagó la vela, y después de haber mirado por última vez aquella vieja casa, abrió nuevamente la puerta del portal; pero, á pesar de sus precauciones, despertó á Kolb, que dormía sobre un colchón en el suelo, en el taller.

—¿Quién está ahí?—gritó Kolb.

—Soy yo—dijo Luciano;—me voy, Kolb.

—Mejor hubiera hecho no viniendo nunca—se dijo Kolb en voz bastante alta para que Luciano le oyera.

—Mejor hubiera hecho no viniendo al mundo—respondió Luciano.—Adiós, Kolb, no te tomo á mal un pensamiento que yo también tengo. Dirás á David que mi última aspiración habrá sido una pena por no haber podido abrazarle.

Cuando el alsaciano estuvo de pie y vestido, Luciano había cerrado la puerta de la casa, y caminaba hacia el Charente, por el paseo de Beaulieu, vestido como si fuera á una fiesta, pues se había hecho un sudario con sus trajes parisienses y sus bonitos arcos de petimetre. Extrañado del acento y de las últimas palabras de Luciano, Kolb quiso saber si su señora estaba instruída de la marcha de su hermano y si había recibido su despedida; pero al encontrar la casa sumida en profundo silencio, pensó que aquella partida estaba convenida sin duda, y volvió á acostarse.

Con relación á la gravedad del asunto, se ha escrito muy poco sobre el suicidio: no ha sido observado. Acaso esta en-

fermedad es inobservable. El suicidio es el efecto de un sentimiento que llamaremos, si se nos permite, la *estimación de uno mismo*, para no confundirlo con la palabra honor. El día que el hombre se desprecia, el día que se ve despreciado, en el momento en que la realidad de la vida está en desacuerdo con sus esperanzas, se mata y rinde así homenaje á la sociedad, ante la que no quiere permanecer despojado de sus virtudes ó de su esplendor. Por mucho que digan, entre los ateos (es preciso exceptuar el cristiano del suicidio), sólo los cobardes aceptan una vida deshonrada. El suicidio es de tres naturalezas: hay primero el suicidio que sólo es el último acceso de una enfermedad crónica y que, indudablemente, pertenece á la patología; después, el suicidio por desesperación, y, finalmente, el suicidio por razonamiento. Luciano quería matarse por desesperación y por razonamiento, los dos suicidios ante los que puede uno retroceder, pues sólo es irrevocable el suicidio patológico; pero con frecuencia se juntan las tres causas, como en Juan Jacobo Rousseau.

Una vez tomada su resolución, Luciano cayó en la deliberación de los medios, y el poeta quiso acabar poéticamente. Al principio había pensado en arrojarle sencillamente al Charente; pero al bajar las pendientes de Beaulieu por última vez, oyó por anticipado el ruido que produciría su suicidio, vió el horrible espectáculo de su cuerpo flotando en el agua, deformado, objeto de una información judicial, y tuvo, como algunos suicidas, un amor propio póstumo. Durante el día pasado en el molino de Courtois, se había paseado á lo largo del río y había visto, no lejos del molino, uno de esos remansos redondos como se hallan en las pequeñas corrientes de agua, cuya excesiva profundidad se desprende de la tranquilidad de la superficie. El agua no es allí ni verde, ni azul, ni clara, ni amarilla; es una especie de acero pulido. Las orillas de esa cala no ofrecían ni robles, ni flores azules, ni las anchas hojas del nenúfar; la hierba del ribazo era corta y espesa, los sauces lloraban en torno de ella, colocados todos bastante pintorescamente. Adivinábase con facilidad un precipicio lleno de agua. El que tuviese el valor de llenar sus bolsillos de piedras, debía encontrar allí una muerte inevitable, y no sería encontrado nunca.

—He ahí—se dijo el poeta admirando aquel hermoso

paisaje—un lugar que ofrece el agua á propósito para ahogarse.

Este recuerdo le acudió á la memoria en el momento en que llegaba al Houmeau. Caminó, pues, hacia Marsac dominado por sus últimos y fúnebres pensamientos, y con la firme intención de ocultar de aquel modo el secreto de su muerte, de no ser el objeto de una información, de no ser enterrado y de no ser visto en el horrible estado en que se ve á los ahogados cuando salen á la superficie del agua. Pronto llegó al pie de una de esas cuestas que se encuentran tan frecuentemente en los caminos de Francia, y sobre todo en Angulema y Poitiers. La diligencia de Burdeos á París venía rápidamente, los viajeros iban á apearse sin duda para subir aquella larga cuesta á pie. Luciano, que no quería dejarse ver, se introdujo en un camino profundo y se puso á coger flores en una viña. Cuando volvió á la carretera, llevaba en la mano un ramo de *sedum*, una flor amarilla que brota en las rocas de las vides, y desembocó precisamente detrás de un viajero vestido completamente de negro, los cabellos empolvados, calzado con zapatos de becerro de Orleans con hebillas de plata, moreno de rostro, y lleno de costurones como si en su infancia hubiese caído en el fuego. Aquel viajero, de aspecto tan patentemente eclesiástico, caminaba lentamente y fumaba un cigarro. Al oír saltar á Luciano de la viña á la carretera, el desconocido se volvió y pareció sorprenderse de la belleza profundamente melancólica del poeta, de su ramo simbólico y de su porte elegante. Aquel viajero parecía un cazador que encuentra una presa largo tiempo é inútilmente buscada. Dejó aproximarse á Luciano, y contempló su marcha fingiendo mirar la parte baja de la cuesta. Luciano, que hizo el mismo movimiento, vió una calesita tirada por dos caballos, y un postillón á pie.

—Ha dejado usted alejarse á la diligencia, señor, y va á perder su sitio, á menos que no quiera usted subir en mi calesa para alcanzarla, pues la posta va más aprisa que el coche público—dijo el viajero á Luciano, pronunciando aquellas palabras con acento marcadamente español y poniendo en su ofrecimiento una exquisita cortesía.

Sin esperar la respuesta de Luciano, el español sacó de un bolsillo una petaca con cigarros y se la presentó abierta á Luciano para que tomase uno.

—No soy viajero—respondió Luciano,—y estoy demasiado cerca del término de mi camino para darme el placer de fumar.

—Es usted muy severo consigo mismo—respondió el español.—Aunque canónigo honorario de la catedral de Toledo, puedo permitirme un cigarrillo de cuando en cuando. Dios nos ha dado el tabaco para adormecer nuestras pasiones y nuestros dolores... Usted me parece que está apenado, ó al menos lleva usted la insignia en la mano, como el triste dios del himeneo. ¡Tenga!... todas sus penas desaparecerán con el humo.

Y el sacerdote volvió á ofrecerle la petaca con una especie de seducción, dirigiendo á Luciano miradas llenas de caridad.

—Dispéñeme, padre mío—replicó Luciano con sequedad,—no hay ningún cigarro que pueda disipar mis penas...

Al decir esto, los ojos de Luciano llenáronse de lágrimas.

—¡Oh! joven, ¿acaso la divina providencia ha hecho que desease sacudir con un poco de ejercicio á pie el sueño que se apodera por la mañana de todos los viajeros, á fin de que pueda, consolándole, cumplir mi misión en la tierra? ¿Y qué grandes penas puede tener usted á su edad?

—Padre mío, sus consuelos serían inútiles: usted es español, yo soy francés; usted cree en los mandamientos de la Iglesia, y yo soy ateo...

—¡Virgen santa del Pilar!... ¡es usted ateo!—exclamó el sacerdote cogiendo del brazo á Luciano con solicitud maternal.—Pues bien, ya he encontrado una de las curiosidades que me había prometido observar en París. En España, no creemos en los ateos. Sólo en Francia pueden tenerse semejantes ideas á los diez y nueve años...

—¡Oh! soy un ateo perfecto; no creo ni en Dios, ni en la sociedad, ni en la dicha. Contépleme usted bien, padre mío; pues, dentro de algunas horas, ya no existiré... ¡Ese es mi último sol!—dijo Luciano con cierta énfasis, señalando al cielo.

—¡Cómo es eso! ¿qué ha hecho usted para morir? ¿quién le ha condenado á muerte?

—¡Un tribunal soberano, yo mismo!

—¡Niño!—exclamó el sacerdote.—¿Ha matado usted á alguien? ¿le espera el patíbulo? ¿Razonemos un poco? Si quiere entrar, según usted, en la nada, todo le es indiferente

aquí abajo. (Luciano inclinó la cabeza en señal de aprobación.) Pues bien, entonces puede usted contarme sus penas. ¿Se trata, sin duda, de algunos amores contrariados? (Luciano se encogió de hombros significativamente). ¿Quiere usted matarse para evitar el deshonor, ó porque está desesperado de la vida? Pues bien, lo mismo puede usted matarse en Poitiers que en Angulema, en Tours que en Poitiers. Las arenas movedizas del Loira no devuelven su presa...

—No, padre mío—respondió Luciano,—ya lo he hallado. Hace veinte días, vi la rada más encantadora para abordar en el otro mundo un hombre cansado de éste...

—¡Otro mundo!... usted no es ateo.

—¡Oh! lo que entiendo por otro mundo, es mi futura transformación en animal ó planta...

—¿Tiene usted alguna enfermedad incurable?

—Sí, padre mío.

—¡Ah! ya pareció—dijo el sacerdote,—¿y cuál es?

—La pobreza.

El sacerdote miró sonriendo á Luciano y le dijo con una gracia infinita y una sonrisa casi irónica:

—El diamante ignora su valor.

—¡Sólo un sacerdote puede halagar á un hombre pobre que va á matarse!...—exclamó Luciano.

—Usted no morirá—dijo el español con autoridad.

—He oído decir—repuso Luciano—que se desvalija á las gentes en los caminos; nunca que se les enriqueciera.

—Va usted á verlo—dijo el sacerdote después de haber examinado si la distancia á que se hallaba el coche les permitiría dar aún algunos pasos solos.—Escúcheme usted—dijo el sacerdote mascando el cigarro,—su pobreza no será una razón para morir. Necesito un secretario, el mío acaba de morir en Barcelona. Me encuentro en la situación en que se halló el barón de Goertz, el famoso ministro de Carlos XII, que llegó sin secretario á un pueblecito camino de Suecia, como yo voy á París. El barón halló al hijo de un platero, notable por una belleza que seguramente no llegaba á la de usted. El barón de Goertz ve inteligencia en ese joven, como yo veo poesía en la frente de usted; le mete en su coche, como yo voy á meterle á usted en el mío; y, de aquel niño condenado á bruñir metales y á fabricar joyas en un pueblecito de provincias como Angulema, hizo su fa-

vorito, como usted será el mío. Llegado á Estocolmo, instala á su secretario y lo agobia de trabajo. El joven pasa las noches escribiendo; y, como todos los grandes trabajadores, adquiere un vicio: mascaba el papel. El difunto señor de Malessherbes hacía humazos, y dió uno, por paréntesis, á no sé qué personaje cuyo proceso dependía de su informe. Nuestro joven hermoso comienza por el papel blanco; pero se acostumbra á ello y pasa á los papeles escritos, que encuentra más sabrosos. Entonces no se fumaba aún como ahora. Por fin, el secretarillo llegó, de sabor en sabor, á mascar pergaminos y á comérselos. Ocupábanse entonces, entre Rusia y Suecia, de un tratado de paz que los Estados imponían á Carlos XII, como en 1814 querían obligar á Napoleón á concertar la paz. La base de las negociaciones era el tratado hecho entre las dos potencias á propósito de la Finlandia; Goertz confía el original á su secretario; pero, cuando se trató de someter el proyecto á los Estados, tropezaron con la pequeña dificultad de que el tratado no se encontraba. Los Estados imaginan que el ministro, para servir las pasiones del rey, ha hecho desaparecer aquella pieza, y el barón de Goertz es acusado; su secretario confiesa entonces que se ha comido el tratado... Se instruye un proceso, se prueba el hecho, y el secretario es condenado á muerte. Pero, como aun no está usted en esa situación, tome un cigarro, y fúmeselo mientras esperamos la calesa.

Luciano tomó un cigarro y lo encendió, como se hacía en España, con el cigarro del sacerdote, diciendo:

—Tiene razón, siempre me queda tiempo para matarme.

—Sucede con frecuencia—continuó el español—que en el momento en que los jóvenes están más desesperados por su porvenir, es cuando empieza su fortuna. Esto es lo que quería decirle, y he preferido probárselo con un ejemplo. Aquel hermoso secretario, condenado á muerte, estaba en una situación tanto más desesperada cuanto que el rey de Suecia no podía perdonarle, porque la sentencia había sido pronunciada por los Estados de Suecia; pero cerró los ojos acerca una evasión. El guapo secretarillo se salva en una barca con algunos escudos en el bolsillo, y llega á la corte de Curlandia, provisto de una carta de recomendación de Goertz para el duque, al que el ministro sueco explicaba la aventura y la manía de su protegido. El duque coloca al

guapo muchacho como secretario en casa de su intendente. El duque era un disipador, y tenía una mujer bonita y un intendente, tres causas de ruina. Si cree usted que ese guapo muchacho, condenado á muerte por haberse comido el tratado relativo á la Finlandia, se corrige de su vicio depravado, no conoce el imperio que ejerce un vicio en el hombre; ¡la pena de muerte no le corrige cuando se trata de un goce que se ha creadol ¡De dónde proviene ese poder del vicio? ¿es una fuerza propia de él, ó procede de la debilidad humana? ¿Hay vicios colocados en el límite de la locura? ¡No puedo menos de reirme de los moralistas que quieren combatir semejantes enfermedades con frases hermosas!... Hubo un momento en que el duque, asustado de la negativa que le hizo su intendente á propósito de una petición de dinero, pidió cuentas: una estupidez. No hay nada más fácil que escribir una cuenta; la dificultad no está nunca ahí. El intendente confió todos los comprobantes á su secretario para establecer el balance de la lista civil de Curlandia. En medio de su trabajo y de la noche en que lo terminaba, nuestro pequeño comedor de papel se apercibe de que masca un recibo del duque de una cantidad considerable: el miedo se apodera de él, se detiene á la mitad de la firma, y corre á arrojarse á los pies de la duquesa explicándole su manía é implorando el amparo de su soberano, é implorándolo en medio de la noche. La belleza del joven secretario hizo tal impresión en aquella mujer, que se casó con él cuando enviudó. De este modo, en pleno siglo XVIII, en un país en el que imperaba el blasón, el hijo de un platero convirtiéndose en príncipe soberano... ¡Se ha convertido en algo mejor!... Ha sido regente á la muerte de la primera Catalina, ha gobernado á la emperatriz Ana, y quiso ser el Richelieu de Rusia. Pues bien, joven, sepa una cosa: y es que si usted es más hermoso que Biron, yo, aunque sencillo canónigo, valgo mucho más que el barón de Goertz. Así, pues, ¡suba usted! ya le buscaremos un ducado de Curlandia en París, y, á falta de ducado, siempre hallaremos una duquesa.

El español cogió del brazo á Luciano, le obligó materialmente á subir á su coche, y el postillón cerró la portezuela.

—Ahora, hable usted, le escucho—dijo el canónigo de Toledo á Luciano estupefacto.—Soy un viejo sacerdote al que puede usted decirselo todo sin peligro. Sin duda no se

ha comido usted aún más que su patrimonio ó el dinero de su madre. Habrá hecho usted su pequeño agujero en la luna, y tenemos honor hasta en la suela de los zapatos. Vamos, confiésete atrevidamente, será absolutamente igual que si hablase consigo mismo.

Luciano se encontraba en la situación de aquel pescador que, queriendo ahogarse en pleno Océano, cae en el centro de unas comarcas submarinas y se convierte en rey de ellas. El sacerdote español parecía tan verdaderamente afable, que el poeta no dudó en abrirle su corazón; le contó, pues, desde Angulema á Ruffec, toda su vida, sin omitir ninguna de sus faltas, y terminando con el último desastre que acababa de causar. En el momento en que terminaba aquel relato, tanto más poéticamente narrado cuanto que Luciano lo repetía por tercera vez en quince días, llegaban al puente donde se halla, en la carretera, cerca de Ruffec, el dominio de la familia de Rastignac, cuyo nombre hizo hacer un movimiento al español la primera vez que Luciano lo pronunció.

—De aquí—dijo el poeta—partió el joven Rastignac, que no vale tanto como yo, y que ha tenido más suerte que yo.

—¡Ah!

—Sí, esa casa extraña es la de su padre. Como usted decía, se ha hecho el amante de la señora de Nucingen, la mujer del famoso banquero. Yo me dejé llevar por la poesía; él, más hábil, dió en lo positivo...

El sacerdote hizo parar el coche; quiso, por curiosidad, recorrer la pequeña avenida que conduce de la carretera á la casa, y lo contempló todo con más interés del que esperaba Luciano en un sacerdote español.

—¿Conocía usted, pues, á los Rastignac?—le preguntó Luciano.

—Conozco todo París—dijo el español volviendo á subir al coche.—Así, pues, por falta de diez ó doce mil francos, iba usted á matarse. Es usted un niño, no conoce los hombres ni las cosas. El destino vale todo lo que el hombre quiere, y usted no aprecia su porvenir más que en diez ó doce mil francos; pues bien, yo se lo compraré en seguida por adelantado. Respecto á la prisión de su cuñado, es una bagatela. Si ese querido señor Sechard ha hecho un descubrimiento, será rico. Los ricos no han sido nunca encarcelados por deudas. No me parece usted fuerte en historia. Hay dos historias: la historia oficial, embustera, que se

enseña, la historia *ad usum delphini*, y después la historia secreta, en la que están las verdaderas causas de los acontecimientos, una historia vergonzosa. Déjeme contarle, en tres palabras, otra historieta que no conoce usted. Un ambicioso, joven y sacerdote, quiere mezclarse en los asuntos públicos, y se hace el perro rastrero del favorito, del favorito de una reina; el favorito se interesa por el sacerdote, y le da el rango de un ministro, dándole asiento en el consejo. Una noche, uno de esos hombres que se creen hacer un servicio (no haga usted nunca ningún servicio que no se lo pidan) escribe al joven ambicioso que la vida de su bienhechor está amenazada. El rey está celoso de tener un amo, y al día siguiente el favorito debe ser asesinado si entra en palacio. Pues bien, joven, ¿qué hubiera hecho usted al recibir esa carta?...

—Hubiera ido en seguida á advertir á mi bienhechor— exclamó vivamente Luciano.

—Es usted aún más niño de lo que demuestra el relato de su vida—dijo el sacerdote.—Nuestro hombre se dijo: «Si el rey llega hasta el crimen, mi bienhechor está perdido; ¡yo debo haber recibido esta carta demasiado tarde!», y se durmió hasta la hora en que mataban al favorito...

—¡Era un monstruo!—dijo Luciano, que sospechó que el sacerdote quería probarle.

—Todos los grandes hombres son monstruos; ese se llamó el cardenal Richelieu—respondió el canónigo,—y su bienhechor el mariscal de Ancre. Ya ve usted que no conoce la historia de Francia. ¿No tenía razón al decirle que la HISTORIA enseñada en los colegios es una colección de fechas y hechos, excesivamente dudosa primero, y sin el menor alcance? ¿De qué sirve saber que ha existido Juana de Arco? ¿Ha sacado usted nunca la conclusión de que si Francia hubiese aceptado entonces la dinastía angevina de los Plantagenets, los dos pueblos unidos tendrían hoy el imperio del mundo, y que las dos islas donde surgen las conmociones políticas del continente serían dos provincias francesas?... Pero ¿ha estudiado usted los medios por los que los Médicis, simples comerciantes, llegaron á ser grandes duques de Toscana?

—En Francia, un poeta no es considerado como un benedictino—dijo Luciano.

—Pues bien, joven, hicieron grandes duques, como

Richelieu se hizo ministro. Si usted hubiese investigado la historia de los acontecimientos, en lugar de aprender las etiquetas, hubiera sacado preceptos para su conducta. De lo que acabo de tomar al azar de la colección de los hechos verdaderos, resulta esta ley: no vea en los hombres, ni, sobre todo, en las mujeres, más que instrumentos; pero no se lo declare. Adore como á Dios al que, colocado más alto que usted, pueda serle útil, y no le abandone hasta que le haya pagado muy caro su servilismo. En el comercio del mundo, sea áspero y bajo como el judío; haga usted por el poder lo que él hace por el dinero. Además, no se preocupe usted del hombre caído, como si no hubiera existido. ¿Sabe usted por qué debe conducirse así?... Usted quiere dominar el mundo, ¿verdad?, pues es preciso comenzar por obedecer al mundo y estudiarlo bien. Los sabios estudian los libros; los políticos estudian los hombres, sus intereses, las causas generatrices de sus acciones. Así, el mundo, la sociedad, los hombres tomados en conjunto, son fatalistas; adoran el acontecimiento. ¿Sabe usted por qué le hago este pequeño curso de historia? porque le creo á usted lleno de una ambición desmesurada...

—¡Sí, padre mío!

—Lo he visto—repuso el canónigo.—Pero, en este momento, usted se dice: «Este canónigo español inventa anécdotas y exprime la historia para probarme que he tenido demasiada virtud... (Luciano se sonrió al ver que adivinaba tan bien sus pensamientos). Pues bien, joven, tomemos hechos pasados en el estado de futilidades—dijo el sacerdote.—Un día, la Francia por poco es conquistada por los ingleses: el rey no tiene más que una provincia. Del seno del pueblo se levantan dos seres: una pobre joven, esa Juana de Arco de quien hablábamos, y un burgués llamado Jacobo Cœur. La una da su brazo y el prestigio de su virginidad; el otro da su oro: el reino está salvado. Pero la joven es hecha prisionera... El rey, que puede rescatar á la joven, deja que la quemen viva. Respecto al heroico burgués, el rey deja que le acusen de crímenes capitales sus cortesanos, que se apoderan de todos sus bienes. Los despojos del inocente, batido, acosado y derribado por la justicia, enriquecen á cinco casas nobles... Y el padre del arzobispo de Bourges sale del reino, para no volver nunca más, sin un céntimo de sus bienes de Francia, y sin más dinero que el que él había confiado á los árabes,